

PALABRAS DEL DOCTOR MANUEL CARDENAS LOAEZA EN REPRESENTACION DE LOS ACADEMICOS DE NUEVO INGRESO

Las palabras que voy a dirigir a ustedes a nombre de mis compañeros de nuevo ingreso y en el mío propio, quisiera ofrecerlas también a la memoria de mi padre y de mi abuelo, miembros de esta Academia.

Una de las vivencias que más llena la imaginación de fantasmas y el alma de emociones, es contemplar la puesta de sol en lo alto de la Acrópolis de Atenas. Desde los escalones del Partenón, cuyos mármoles se tiñen con el oro rosado del crepúsculo, a nuestra derecha la peña descendiende en abrupta pendiente sólo interrumpida por el pequeño escalón rocoso del Areópago, donde se congregaban los sabios. Más lejos, ya en la llanura, se divisa el Ágora cuna de la democracia. A la izquierda con la perspectiva de aves en vuelo, vemos el teatro y sentimos ecos de Aristófanes y Esquilo.

En el horizonte, encendido por el sol poniente, destaca el Estrecho de Salamina, pedazo de mar en que unos hombres libres, ciudadanos armados, en los puentes de unas naves, "las murallas de madera de la ciudad", al mando de Temístocles le dieron al mundo occidental el derecho a la existencia.

A nuestros pies serpentea un camino bordeado de olivos, regalo de Palas Atenea a los habitantes del lugar. En algún sitio a la orilla de ese camino hubo un jardín. Sobre el dintel de su entrada se leía: "No entre aquí quien no conozca la geometría". Ahí se reunían un grupo de hombres de excepción, encabezados por Sócrates y Platón, sus nombres los ha

transmitido la fama hasta nuestros días. El dueño del lugar era Academo, el sitio, la Academia. En ella se buscaban las verdades, se discutían las ideas, nada les era ajeno y ponían al hombre como centro del debate. Hicieron nacer la medicina racional, que se desarrolló después en Cos. Eran Filósofos.

Más de dos mil años después, nos encontramos en otro lugar del planeta y en otra Academia. Hija legítima de aquélla, como la medicina es hija legítima de la filosofía. En comparación nos parece muy joven y sin embargo, es ya más que centenaria. Desde 1864 se han dado cita en ella otros hombres superiores, con las mismas finalidades que los griegos, pero animados, además, por el deseo de aliviar el sufrimiento de sus semejantes, de acompañarlos en su angustia y de mitigar su dolor. Han sido Médicos.

La Academia Nacional de Medicina fue y es la más alta tribuna del pensamiento de los médicos mexicanos. Aquí se han analizado, discutido y valorado las aportaciones del país en el campo de nuestro arte-ciencia. Los resultados están consignados para su estudio en la *Gaceta Médica*.

Los miembros de la Academia no han estado encerrados en ella como en torre de marfil; conscientes de su deber, han salido al campo raso para desafiar la tormenta en circunstancias difíciles. Con sentido de responsabilidad no han permitido que sus conocimientos se vuelvan estériles, y los han diseminado a todo lo largo y ancho del país en Jornadas Médicas, Cur-

sos y Conferencias en beneficio de otros, sin pedir nada a cambio.

El juicio sereno y ponderado de la Corporación sirve de consejo al Gobierno de la República en sus altos menesteres.

Esta labor científica y humana, señera y generosa, hacen de ella una Institución ejemplar, guía auténtica de la medicina mexicana.

Sabedores de todo esto, los que ahora ingresamos a la Academia llegamos con humildad, tenemos plena conciencia de nuestras limitaciones y de nuestras carencias, entendemos el honor que se nos hace y la responsabilidad que adquirimos.

Nos animan y justifican nuestra audacia, el deseo firme de aprender, el que nuestros pensamientos y nuestros trabajos puedan ser objeto de una crítica constructiva para mejorarlos y depurarlos; venimos con la mente dispuesta al diálogo que instruye y los oídos abiertos al consejo.

Nos alienta la esperanza de poder compartir los conocimientos así adquiridos con quien lo solicite, sin secretos, sin trampa y sin maña. hasta donde alcancen nuestras posibilidades, ignorando mezquindades, egoísmos e ingratitudes.

Pretendemos acrecentar el número de nuestros amigos, hermanos que la naturaleza nos da el privilegio de escoger, con un grupo de hombres a los que nos ligan metas comunes.

La oportunidad de cumplir esas ilusiones que nos ha sido dada, deberemos justificarla.

Si en el futuro contribuimos a que la Academia sea un reducto del pensamiento libre, en que toda doctrina pueda ser motivo de estudio y valoración, toda verdad defendida y propalada y toda idea motivo de respeto. . . Si desde el sitio que ahora se nos concede levantamos la voz y extendemos la mano en defensa de todo aquel que lo necesite. . . si ponemos toda nuestra fuerza, toda nuestra inteligencia y toda nuestra voluntad al servicio incondicional del hombre que sufre. . . si logramos ser eslabones de la centenaria cadena y somos capaces de transmitir los ideales de la Corporación, mejorados y actualizados a los que nos sigan. Entonces y sólo entonces tendremos la satisfacción y el derecho de llamarnos académicos.

Por la posibilidad que hoy se nos da de lograrlo algún día, muchas gracias.